

por eso dijo entonces á sus discípulos: «*Haced esto en memoria mía.*» (*Hoc facite in meam commemorationem*).

Siempre, pues, que los sacerdotes celebramos la santa Misa, ponemos ante la consideración de los fieles el cruento Sacrificio del Gólgota, y en nuestros altares se renueva, aunque de un modo incruento, la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo. La Eucaristía es un verdadero holocausto, porque Jesucristo se ofrece entero en la consagración y en la comunión. Es un sacrificio de expiación en el cual la divina víctima, Cristo Jesús, se ofrece y satisface por nosotros.

En suma, la Eucaristía es, entre nosotros, el mayor y el más perfecto de los sacrificios, el único grande y el único perfecto, pues con él Dios es tan honrado como desea y merece; es infinitamente honrado porque es Dios que se ofrece á Dios.

Demos gracias al Señor por habernos dejado en la Eucaristía un memorial eterno de todas sus bondades y de todas sus maravillas. Entre todos los prodigios de la infinita grandeza de Dios, nada hay tan grandioso en la tierra como el Santísimo Sacramento, y nada hay tampoco más excelso y adorable en lo alto de los cielos. Esto fué lo que Jesucristo hizo por nosotros en la noche de la Cena llevado de su inefable é incomprensible amor. Procuremos, pues, ser agradecidos, y pagarle amor por amor, viviendo, combatiendo y sufriendo hasta morir en honor de Cristo Sacramentado, quien con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo II después de Pentecostés.

De cómo el odio se vence con el amor.

HERMANOS míos queridísimos: Sublimes y magníficas enseñanzas nos suministra el capítulo tercero de la carta primera de San Juan, de donde la Iglesia nuestra Madre ha tomado la Epístola de la presente Dominica. En dicho capítulo nos exhorta ante todo á la caridad fraterna mostrándonos el amor que Dios nos

tiene, para que á su semejanza nos esforcemos en amarnos los unos á los otros; y después, por vía de consecuencia, añade lo siguiente:

«*Y así no extrañéis, hermanos, que el mundo os aborrezca. Nosotros sabemos que hemos sido trasladados de la muerte á la vida, porque amamos á nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte; cualquiera que aborrece á su hermano es homicida, y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna que permanezca en sí mismo.*» (I Joann., III, 13 al 16.)

Tal es, cristianos, la letra de nuestra Epístola, y de ella se derivan dos enseñanzas, que conviene considerar, á saber:

- 1.^a Por qué el mundo aborrece á los buenos cristianos.
- 2.^a El provecho que nos reporta el amar á nuestros prójimos.

PUNTO 1.^o

POR QUÉ ABORRECE EL MUNDO Á LOS BUENOS CRISTIANOS

«*Hijos míos—dijo el Apóstol San Juan á los Hebreos—tened cuidado que ninguno os engañe... En esto son conocidos los hijos de Dios y los hijos del diablo, en que aman ó no á sus hermanos; porque esta es la doctrina que habéis oído desde el principio, que os améis los unos á los otros. No como Caín, que era del maligno y mató á su hermano.—¿Y por qué le mató?—Porque sus obras eran malas y las de su hermano buenas.*» (I Joann., III, 7 á 12.) Es decir, carísimos hermanos, que desde el principio del mundo vienen las obras de los hombres buenos dando en rostro á los que son malos, y éstos aborreciendo de muerte á los que son fieles observadores de los Mandamientos de Dios; y por eso nuestra Epístola en el día de hoy, comienza diciendo: «*No extrañéis, hermanos, si el mundo os aborrece.*» (Verso 13.)

Hermosa advertencia que deben tener presente todos aquellos cristianos que se afligen con exceso al ver la iniquidad triunfante aborreciendo y persiguiendo á las personas buenas que se ejercitan en la piedad y en el servicio divino. Siempre fué así, porque siempre la conducta de los hijos de Dios ha sido como faro luminoso que descubre y pone de relieve las injusticias é iniquidades de los hijos del diablo. Esto no puede menos de exasperarlos y hacer que conciban en su corazón odio satánico á todo lo que sea bueno, justo, santo y laudable.

No hablaré yo aquí de Noé que fué despreciado de los hombres, porque era justo y porque les advertía que hicieran penitencia antes que llegara la inmensa catástrofe del diluvio universal. Tampoco mencionaré á los profetas de Dios, quienes siendo virtuosos y hablando al pueblo en nombre del Señor, fueron desatendidos y considerados por los impíos como gente ilusa y sin sentido común. Mucho menos referiré los insultos y malos tratamientos de que fueron objeto los Apóstoles de Jesús, pues llegaron á ser tantos, tan grandes, tan enormes é inauditos, que el glorioso San Pablo los dió bien á entender cuando dijo á los fieles de Corinto: «Somos despreciados: hasta ahora sufrimos el hambre y la sed, nos abofetean, y nos hallamos desnudos, errantes, maldecidos, perseguidos é injuriados; se nos considera como la basura del mundo y como la escoria de todos hasta ahora.» *Omnium peripsema usque adhuc.* (I Corint., IV, 9 á 13.) Me concretaré sólo á la conducta cruel é inicua que observaron los pérfidos judíos con nuestro dulcísimo y amorosísimo Jesús.

¿Quién no sabe que Él pasó toda su vida pública haciendo bien y sanando á todos? ¿Cómo le trataron?—Nadie lo ignora. El divino Salvador fué ultrajado, escarnecido, calumniado y perseguido, hasta en sus milagros, en sus beneficios, en su divina enseñanza y en su moral sublime. Le prenden, le abofetean, le insultan y le toman por irrisión poniéndole cetro de caña, corona de espinas y manto de sucia y andrajosa púrpura, haciéndole el ludibrio de las gentes hasta darle muerte cruel en un ignominioso madero.

Pues bien; si esto fué hecho con el Justo de los justos y el Santo de los santos, ¿qué tiene de extraño que la gente impía de nuestro siglo haga otro tanto con las personas buenas y piadosas? ¿Quién se ha de maravillar de que los incrédulos y los imitadores de Lucifer se burlen hoy de la palabra de Dios, de la Religión, de Jesucristo, de la Iglesia y de los Sacramentos y de todo cuanto sea cristiano y sagrado, despreciando la Ley santa de Dios, los dogmas sacrosantos de nuestra fe católica y la moral evangélica de nuestro adorable Redentor?

¡Oh! La perversidad y audacia de los herejes modernos es tan grande, insolente y descarada, que recorre toda la escala de la corrupción hasta el extremo de canonizar sus pasiones inmundas, de divinizar su razón orgullosa, y de arrojar de su trono de gloria al Verbo de Dios encarnado, á nuestro amantísimo y adorabilísimo Salvador, Cristo Jesús. Con razón, pues, dijo el Espíritu Santo: «En la boca del insensato se halla la vara de la arrogancia y los im-

pios abominan á los buenos, porque andan por caminos rectos (1)». Con razón también nos da hoy la voz de alerta la Iglesia nuestra Madre, para que no desfallezcamos en el espíritu, diciéndonos en la Epístola: «No extrañéis que el mundo os aborrezca, no pudiendo sufrir vuestra virtud.»—*Nolite mirari, si odit vos mundus.* (Verso 13.)

Mas dejando aparte este punto, pues clarísimo le estamos presenciando, vengamos á las palabras de aliento que nos dirige el Señor en nuestra Epístola, para que, al menos por utilidad propia, amemos de corazón á todos nuestros prójimos.

PUNTO 2.º

PROVECHOS DE AMAR AL PRÓJIMO.

«Sabemos—dice el sagrado texto—que hemos sido trasladados de la muerte á la vida, porque amamos á nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte.» (Verso 14.) Dos cosas, como veis, nos declara aquí el Espíritu Santo: primera, que el medio para saber si hemos pasado de la muerte del pecado á la vida de la gracia, es el amor verdadero del prójimo. Todo el que ame á sus semejantes por amor de Dios, tiene un indicio moralmente cierto de que goza de la amistad divina, y mucho más si perdona á los enemigos y ora por ellos y les hace beneficios, como nos mandó y practicó nuestro divino Salvador.

La segunda cosa es que, quien no amare á su prójimo por amor á Jesucristo, faltando en esto gravemente á la ley de la caridad, permanecerá en la muerte de su pecado, no disfrutará de la unión con Dios ni de su amistad divina, y, por consiguiente, será reo de los eternos suplicios. El amor de Dios es la vida del alma, y en este amor se halla comprendido el que debemos á nuestros prójimos; de tal suerte, que el que no ama como debe á sus semejantes, cuando la materia es grave, no goza de la vida del alma, ni vive en Dios, ni Dios en él, ni tendrá entrada en el cielo, porque está muerto á la vida de la gracia; y por eso dice nuestra Epístola: «El que no ama permanece en la muerte.»—*Qui non diligit, manet in morte.*

Y esto, carísimos hermanos, acontece con mayor motivo cuando abrigamos en nuestro corazón algún aborrecimiento á nuestros pró-

(1) In ore stulti virga superbiae. (Prov., XIV, 3.)—Abominantur impii eos qui in recta sunt via. (Prov., XXIX, 27.)

jimos, porque esto es anticristiano y constituye una especie de homicidio, ó cuando menos tendencia á él, lo cual es cosa grave que mata al alma y la hace merecedora de eterna muerte. Ved aquí por qué el Apóstol San Juan añade á continuación: «Cualquiera que aborrece á su hermano es homicida, y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna que permanezca en sí mismo.»—*Non habet vitam aeternam in semetipso manentem.* (Verso 15.)

Esto quiere decir, que todo el que aborrece de corazón á su hermano es ya homicida en su ánimo; porque la disposición que tiene interiormente es de quitarle la vida; y claro es que el reo de homicidio, mientras no se arrepienta y enmiende, no puede entrar en el cielo, que es la mansión del amor, de la inocencia y de la santidad verdadera.

Oid ahora el precioso comentario que el grande Agustino hace de las palabras bíblicas que acabo de citar. «No hay que consultar—dice—á nadie para saber si nuestra alma ha pasado de la muerte del pecado á la vida de la gracia; basta que preguntemos á nuestro propio corazón. ¿Encuentras, oh cristiano, que amas á tu prójimo como á ti mismo por amor de Dios? Pues bien puedes afirmar que tu alma se halla en buen estado, y que has salido de la región de la muerte eterna para entrar en la vida perdurable. Es verdad—añade el Santo—que en ti nada aparecerá aun de la gloria que acompaña á los bienaventurados; pero si ahora no aparece, ya aparecerá cuando venga el Señor á juzgar á los vivos y á los muertos. El justo en esta vida es como los árboles en el invierno, están vivos en sus raíces, aunque sus ramas en el exterior aparezcan secas y muertas. El germen de gloria existe oculto en el corazón del justo, como las hojas y los frutos del árbol se hallan ocultos en su corteza; pero ya vendrá el estío y aparecerá todo por de fuera (1).»

Notemos bien, amados míos, cuál es la vida á que pasa el que ama según Dios á su prójimo. Primeramente pasa á la vida de la gracia santificante, haciéndose, por lo tanto, objeto de las complacencias del Señor, y quedando enriquecido con los dones del Espíritu Santo, y con el Espíritu Santo mismo, y hecho participe de la naturaleza divina. Y en segundo lugar, posee el derecho á pasar á la vida de la gloria, ó sea, á las mansiones de los bienaventurados, donde le está reservada corona de gloria y felicidad sin fin.

¡Qué recompensa! Ea, pues, carísimos hermanos; apliquémonos

(1) Intus est medulla quae viget, intus sunt folia arborum, intus fructus, sed aestatem expectant. (S. Agust., Tract. 5 in Epíst. I Joann.)

con todo empeño á amar de todo corazón á todos nuestros prójimos, aun á los malos; porque si ellos no lo merecen, Dios, que desea su salvación y que murió por ellos, bien lo merece. Dios quiere que los amemos, Dios lo manda, Dios ha hecho de este amor su principal precepto, Dios considera como hecho á sí mismo lo que hagamos por nuestros semejantes, Dios ha prometido galardonarlo cumplidamente en el cielo. ¿Quién, aunque no sea más que por interés propio, no se anima á amar y á favorecer á todos nuestros hermanos por amor de Dios? Es verdad que la naturaleza encontrará á veces resistencia, pero haya fe y pronto quedará vencida con la gracia; y si la grandeza del premio, que es la gloria, no nos mueve lo bastante para amarlos, consideremos el daño infinito que nos causará el no hacerlo, pues según hemos declarado en nuestra Epístola, todo el que no ame al modo dicho, *permanecerá en la muerte.*—*Qui non diligit manet in morte.*

Concluyo, pues, amados míos, exhortándoos con todo mi corazón á la práctica de esta hermosa virtud; alejad de vuestro espíritu todo cuanto pueda haceros aborrecer á vuestros hermanos; recordad todo cuanto haya en ellos que pueda hacéroslos amables; multiplicad los favores y los actos de caridad para con ellos, cuando veáis que ellos se ensañan en hacer actos de hostilidad con vosotros; pedid fervorosamente al Señor que os inspire los sentimientos de caridad que El os manda, y estad seguros que estas prácticas cristianas serán un medio eficazísimo para sacar al amor fraternal triunfante de todos los obstáculos que encuentre, y también para afianzar, cuanto es posible en la tierra, vuestra eterna bienaventuranza en el cielo. Amén.

HOMILÍA 2.^a

Para el domingo segundo después de Pentecostés.

Señales para conocer el amor de Dios.



AMADOS hermanos míos: El mundo ciego y loco aborrece de muerte á los fieles cristianos que cumplen los deberes de su Religión sacrosanta, porque éstos son como espejos purísimos que ponen de relieve la enormidad de las injusticias é iniqui-